22

RESPONSO A MIS NAVES MUERTAS

YA tengo más tonelaje de viajero sumergido que a flote. Sumergido está el "Orduña", de la Pacific Line, señorial como un lord, que me llevara a Chile; el "Oceanía", de la Cosulich, de una clásica y graciosa elegancia, muy italiana, en el que llegara a Río; el "Cap Arcona", en el que viniera desde allí a Lisboa, macizo y sólido como un producto de la Casa Krupp. Sumergido está, también, el "Husimi Maru", mi hogar durante sesenta días, desde el Japón, vía Sudáfrica, hasta España. Pero a quien quiero colocar mi corona de siemprevivas en estas fechas vecinas del día de Difuntos es al "Hakosaki Maru", de la Nipon Yussen Kaisa, en el que fuí de Gibraltar a Yokohama, el año 40, y que pereció durante la última guerra en los mares de Java. Quiero hacerlo así porque a ninguno se enlazó mi ilusión de viajero más que a él. Desde sus amuras entreví los paisajes soñados en la niñez, y vi corporeizarse mil imágenes que ~~poblaran~~ mi imaginación infantil: los mares de China, los juncos, los estrechos de Sumatra por los que vagan aún las sombras de los viejos piratas, y las islas que encierran todavía los tesoros de los corsarios. La algarabía del "pichinglis", ceñido a la fonética de cien lenguas diferentes, me alcanzó las mágicas mañanas de las arribadas, pensativo y deslumbrado, en la borda. Acodado en ella, vi acercarse Port Said, Bombay, Colombo, Hon-Kong, Shangai, Kobe, como si fueran los rosetones de un tapiz fabuloso que la suerte desenrollara en mi honor. El inolvidable nervosismo del desembarco me sorprendió muchas veces paseando la cubierta, escrutando el horizonte desde la proa, con muchas horas de adelanto, y tembloroso de emoción cuando la tierra exótica y quimérica dibujaba en el mar su primera sombra. ¡Canoas de los prácticos, engranadas a la escalerilla del costado, policías indios, ceilaneses, chinos, subiendo ágilmente por ella para husmear nuestros tatuados pasaportes!... Y, al fin, perezosa y torpemente, el "Hakosaki", poseído del muelle, ligado a tierra por cables, por teléfonos, por tuberías, como una mosca a la que atrapara una araña. En pleno Océano, la lira de sus instalaciones de "radio" vibraba al viento de las grandes noticias. Por aquellos hilos impávidos descendió hasta el corazón del barco la nueva de la invasión de Luxemburgo y de Bélgica y de Francia, la de la ocupación de París y tantas otras abracadabrantes de un estío crucial en la historia del mundo. El "Hakosaki", perdido en el mar, a muchos millares de nudos de su destino, captaba las palpitaciones de unas horas de infinita violencia, las plasmaba en el esquelético inglés que servía de lengua oficial a bordo, y las brindaba al comentario del pasaje, que injería tan tremendas noticias, con serena compostura. Era una navegación en la que ignorábamos qué imprevisible bandera nos recibiría al atracar en los puertos. Del caos fabuloso en que el universo se debatía, solo, aparte del crepitar de la "radio", algún destroyer, con la insignia de la Unión Jack, venteándonos con impertinencia, como a través del monóculo, o algún crucero auxiliar repostándose en nuestra vecindad de víveres y de combustible, nos traían el eco acongojado. Antes y después, estaba sólo el mar, nada más, abierto e impasible, en el cual, la quilla del "Hakosaki" se hundía y se levantaba isócronamente, entre un collar de delfines...

Un torpedo derribó para siempre su noble arquitectura sobre las arenas de las playas más profundas. ¿Qué trayectoria siguió su temido acero? ¿Horadó mi camarote, el estrecho y alfombrado pasillo que conducía hasta él, destripó los salones en los que se festejara alegremente el paso de la línea y el cumpleaños del capitán? Pobre "Hakosaki", tan poco bélico, tan reposado y pastoril, tan cachazudo y cariñoso, tan de fiar... ¡Quién te viera en tu submarina fosa, inerte el timón en su postrer viraje, las hélices sometidas al liquen y al musgo, los misteriosos reyes de las aguas allí hospedados, donde yo lo fuera, cuando los mástiles apuntaban a las estrellas, las máquinas transmitían su latido a todo el buque, y éste devanaba legendarios litorales, victorioso de los vientos y las olas!... Quién te viera, amado "Hakosaki"... Pero ya que ello no sea posible, que mi recuerdo llegue a tu osario en esta fecha de melancolía oficial para cuanto ya no existe. Soy yo, el pasajero del 109, cuyo pulso sacudiera siempre tu sirena de saludo y de adiós, quien viene a deshojar en la tumba difusa que te guarda una invisible y nostálgica guirnalda a tu memoria. Que si en verdad es dichoso aquel que tiene su casa a flote, un poco tristón se queda aquel a quien se le fué a pique.

Joaquín CALVO-SOTELO